

# Gregorio Reynolds

2



*Discurso laudatorio para honrar al poeta parnasiano Gregorio Reynolds (1882-1948), expuesto por Federico Mora durante la velada organizada por los escritores en La Paz, el 27 de mayo de 1918.*

### III parte

Y empezó una bifurcación original en el sentimiento humano. Mientras nadie dudaba de la fe católica y en el orden moral era norma, los artistas y los buenos comprensivos empezaban a crear una religión estética y cerebral en torno a las divinidades olímpicas. Eran dos religiones. Gracias a tal desvío, el hombre empezó a comprender que el cultivo del alma no es enemigo de los placeres del cuerpo. Los abates son una prueba de ello. Ya España, con Juan Ruiz, el recogido amigo de doña Trotaconventos, había iniciado la hora del religiosismo galante y de la galantería religiosa.

Establecido que el paganismo de Hélade era, ante todo, canon estético, a los poetas no les bastó; y entonces se lanzaron en pos de nuevas mitologías. Y vinieron el Ramayana y los Eddas, el Avesta y el Corán. Silfos, elfos, huríes, la madre de los siete senos del Rig Veda, alternaron con las clásicas y puras divinidades de la Grecia materna. Después entraron a componer el espíritu poético las literaturas legendarias - formas, en cierto modo, mitológicas. Y allá fueron los libros caballerescos, los romances, los poemas nibelungos y ciertas poesías persas, "Rubaiyat" por ejemplo - a fecundar las almas de los eufóricos.

Entre todas estas formas, el cristianismo tuvo su sector estético, como no podía ser de otra manera. Galilea le ha dado a la vida dulzura y ternura que no es posible dejar de la mano. Gracias al Rabbi, nos ha sido posible tener para la maternidad un criterio más fervoroso que el antiguo y contemplar al prójimo con ojos que los ancestrales no tuvieron. Cualquiera que sea la precedencia que tenga la moral cristiana con relación a las viejas morales indias y orientales, es lo cierto que sin Jesús de Nazareth jamás se habría universalizado influyendo definitivamente en las almas de los hombres.

Creada la libertad religiosa, desaparecidos los tribunales punitivos que imponían una fe y una visión, empezó el movimiento que debía tener su final triunfante en la primera década del siglo veinte. Los poetas estaban casi obligados a creer en todo lo que envolviera algo de belleza. Bien es cierto que para esto faltaba la libertad.

No era posible que la doctrina cristiana, que había transformado el mundo tan sutil, profunda y completamente, desapareciera de pronto, sin dejar más rezago que una estela de mitologías amorosas. La música se encargó de conservar su hegemonía. Sin contar a Victoria y Cabezón, cuya influencia ha sido ulterioresísima, recordemos a Juan Sebastian Bach y toda la escuela turingiana. En aquellos corales y motetes, en aquellas misas que salían del oratorio de los príncipes para ir a las iglesias del estado llano, perduró enérgicamente el alma cristiana. Bach, hasta en su música didáctica puso una enorme cantidad de uniones nazarenas. El "Clavecín bien templado" y otras fugas y preludios que tiene, cantan en sus dos o tres voces perfectas, armonías inquietantes que ponen en las almas los recuerdos de la tarde del calvario y el eco poderoso de las siete palabras, resonantes entre un ambiente épico de deprecaciones agónicas.

Cabe afirmar que Beethoven devolvió a la música no precisamente cierto paganismo, sino cierta libertad teológica, pues en el monstruo de la novena sinfonía palpitan casi todos los ideales que la humanidad ha ido acumulando en su marcha hacia un futuro que no se cansa de ser pasado. Difícil será que la estética beethoveniana, con todas sus irresistibles influencias, desaparezca de las formaciones de arte; pero es lo evidente que el Romanticismo, primero, y Wagner, después, la atenuaron bastante. Casi toda la primera mitad del siglo diecinueve, la humanidad ha vivido ausente de Beethoven. Y ausente de Homero, y ausente de Shakespeare, y ausente de Dante, y ausente de Esquilo, y ausente de Don Quijote. Es decir, de todo lo que la vida y la imaginación tienen de prominencia ecuménica y trascendental. El Romanticismo llorón, nos volvió a los aspectos tristes del ideal católico: el dolor, la

muerte, el desengaño. Trajo, sí, cierta libertad, y, desde este punto de vista, hay que convenir en que fue excelente precursor de las normas modernas. Igual que en Wagner: si su música tiene un hondo religiosismo, la audacia de su dramática y el vuelo de su polifonía original, derramada en orquestas que nunca parecieron verosímiles, son el punto de arranque de la moderna música incompasada. Y es así que, asediada de Maler vienen Shonberg y Debussy. Y luego Strauss. Es el modernismo musical.

También estos maestros aplican miel de todas las colmenas y perfumes de todos los rosales. Al fundarse el arte sobre la sinceridad, el sentir se universaliza. La Historia y la Vida aparecen ante los ojos del artista como conjuntos estéticos de donde es posible extraer todas las fórmulas imaginables para sugerir belleza. La hermosaura indefinida se alza como el único credo inalterable. Y entonces, junto a la Venus de Milo, es posible admirar, con la misma fe sensitiva a la Virgen María.

Realizar todo esto con perfecta serenidad, no era posible. La hiperdulia venusta aparecía como una tontería ante los ojos de los incrédulos y como una blasfemia ante los de los creyentes. Barbey d' Aureilly, el Condestable de las Letras Francesas, y Charles Baudelaire, el Demonio de las Letras Universales, son los dos ejemplares que sintetizan el primer movimiento de libertad. Y en ambos hay un poco de blasfemia y de cinismo, Barbey, persignándose, duda, y Baudelaire, maldiciendo, cree. Son, claro está, más libres que sus antecesores, los románticos, pues los románticos, cuando no eran tipos de heregía rabiosa y epiléptica, resultaban modelos de corte sacristanesco. Y ni la una ni la otra son formas artísticas.

El naturalismo zolesco pretendió devolvernos a las clerofobias. Hoy nadie lo recuerda por sus ataques al Pontificado, para tomarlo sólo en lo que tiene de enseñanza metodológica y de grandeza creadora. Del mismo Renán, que supo dar tan amable libertad al pensamiento, no persisten hoy sus pullas ingenuas y galantes contra el cristianismo, sino sus procedimientos de erudito y sus limpias y maravillosas disciplinas. El más puro tipo de la libertad moderna, quizá sea Guyau, el filósofo poeta, sabio y artista, tipo de una inteligencia superior y, por lo mismo, libérrima; mas con una libertad que nunca se resolvió en ataques o en controversias de quejumbre amarga o maldiciente, sino que se limitó a comprender con la mayor amplitud de mente y de espíritu, los más agudos y dolorosos problemas que aquejan a la humanidad. Desde tal punto de vista, Guyau es el reconstructor griego del siglo. Los helenos tenían, acaso como primera característica, su deseo de comprender y de sentir. El predominio de religiones universalmente preponderantes, encasilló todas las cosas dentro de ciertas comprensiones que eran catálogos auténticos del pensamiento. Y estableció que había cierto número de cosas incomprensibles. Hasta Guyau, nadie había intentado comprender con tanto ahínco y tanta voluptuosidad inteligente. Acaso sean los filósofos alemanes los que mayor número de cosas hayan comprendido; pero es seguro que ninguno de ellos tuvo, para querer comprender, el deseo casi genésico de Guyau, la infinita delectación que éste llevó a sus especulaciones prodigiosas por lo que tenían de selectas y de profundas. Diríase un sistema planetario envuelto entre encajes.

(Continuará)